

ANTECEDENTES

DE LA

GUERRA NACIONAL

APUNTES PARA NUESTRA HISTORIA DIPLOMATICA

TESIS



leída en la noche del 26 de mayo de 1922,

POR

TEODORO PICADO h.

en su examen, previo al conferimiento del título
de Licenciado en Leyes,
y mandada publicar por acuerdo de la Junta Directiva
del Colegio de Abogados.



SAN JOSE DE COSTA RICA
IMPRENTA Y ENCUADERNACION ALSINA

1922



ANTECEDENTES DE LA GUERRA NACIONAL

Apuntes para nuestra Historia Diplomática

SEÑORES MIEMBROS DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL
COLEGIO DE ABOGADOS:

En el trabajo que voy a tener el gusto de leer, me he propuesto hacer algunos apuntes relativos a la gestión diplomática que precedió y determinó la Guerra Nacional. Fué esa la crisis más grave de nuestra vida independiente y el conocimiento de las circunstancias en que se generó constituye un importante capítulo de nuestras relaciones con los demás estados centroamericanos, con los Estados Unidos y con algunas naciones europeas. Fué además nuestra política internacional de ese tiempo una excepción al huraño aislamiento que mantiene Costa Rica casi desde sus primeros días. Fué una excepción llena de grandeza y, los hombres que mantuvieron sus resoluciones en el campo de batalla y los que las mantuvieron en nuestras relaciones diplomáticas fueron también, en verdad, hombres excepcionales.

Efectivamente, a pesar de que el presidente Mora

expulsó a varios ciudadanos poco después de haber iniciado su período y disolvió el Congreso en 1852, Costa Rica se desenvolvía en medio de la paz y con admirable prosperidad. Pero conforme avanza el año 55, se nota en nuestra política una orientación cada vez más acentuada hacia el estrechamiento de relaciones con las demás repúblicas de Centro América y un deseo cada vez más vehemente de intervenir en los asuntos muy malos de Nicaragua. Sobre el edén costarricense, como sobre todos los edenés, asomaba el peligro. La amenaza no era todavía Walker; era el llamado coronel Kinney. Era este aventurero natural de Tejas, donde había ejercido el comercio y, según parece, otras actividades menos inocentes.

En 1852 adquirió una concesión que el rey mosco Roberto Carlos Federico había otorgado a los súbditos ingleses Shepherd, Rennick y Haly en 1825 y pretendió explotarla organizando con mucha tenacidad una compañía destinada a colonizar la costa de Mosquitia, que al menos dentro de las pretensiones inglesas y moscas, comprendía una faja enorme que empezaba en el cabo Gracias a Dios y concluía en la Bahía del Almirante. Durante la primera mitad del siglo pasado, la influencia inglesa era notable en Centro América, y se ejercía directamente en casi toda la costa atlántica, pues la Gran Bretaña, dueña de Belize, pretendía además la propiedad de las islas de la Bahía de Honduras y, protegiendo la risible soberanía de los reyes moscos extendía sus pretensiones ya no sólo sobre las costas de Nicaragua sino también sobre las nuestras, con insistencia que estuvo a punto de provocar un conflicto armado durante la administración de don Braulio Carrillo. Pero aparte de eso, no eran pocos los centroamericanos que deseaban la intervención británica en nuestros asuntos y, en efecto, la solicitó el gobierno de Nicaragua en las postrimerías de 1839; en connivencia con el de Guatemala, impotentes ambos para derrocar a Morazán de la presidencia de El Salvador. En Costa Rica el ex-presidente del Ecuador, don Juan J. Flores, hombre de influencia en el primer

gobierno del Dr. Castro, no ocultaba su apego a la causa británica.

Pero el crecimiento de los Estados Unidos, debido a la inmigración y a su enorme ensanche agrícola e industrial, iba a limitar mucho la esfera de acción de Inglaterra, hasta anularla con el tiempo.

Eso explica que en 1848 pudieran los Estados Unidos oponerse tan vigorosamente a la ocupación de San Juan del Norte por los ingleses y los moscos, y que, agriadas las relaciones entre ambas potencias, hubieran de suscribir el tratado Clayton-Bulwer en 1850, por cuya más importante cláusula se comprometían los Estados Unidos y la Gran Bretaña a no tener nunca exclusivo dominio sobre el canal de Nicaragua, a no erigir fortalezas que lo dominasen, a no ocupar, ni fortificar, ni colonizar, ni ejercer dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la costa de Mosquitia, ni tampoco a prestar o dispensar alianza, protección o influencia a ningún estado o pueblo centroamericano. Sobre el tratado Clayton-Bulwer, que rigió fase importante de nuestra vida internacional durante medio siglo manteniendo una especie de neutralización que hoy, idas las cargas de un lado, sería muy difícil renovar, hay una copiosa literatura contradictoria, pues como decía Mr. Blaine, «Sin entenderlo se convino él; fué apenas comprendido; se le interpretó contradictoriamente, y fué causa de desagrado para ambos». Los Estados Unidos, sin embargo, al concluirlo fincaron en él numerosas esperanzas porque relativamente faltos de poder para realizar el canal de Nicaragua y muy necesitados de él para establecer comunicaciones fáciles entre los estados del Atlántico y los del Pacífico, bullentes de actividad estos últimos con motivo de los descubrimientos de las minas en California y la colonización del Oregon, creyeron realizarlo con el auxilio inglés. Sea como fuere se destaca la trascendencia que tenía para las dos potencias la posesión de Nicaragua o la de territorios adyacentes a la proyectada vía canalera. Para Inglaterra y para los Estados Unidos era una cuestión de interés



político y económico importantísimo, porque la preeminencia de una u otra significaba la ruptura del equilibrio creado por el tratado Clayton-Bulwer; pero para Centro América era una cuestión vital, de soberanía, de existencia.

La empresa de Kinney realizaba precisamente una curiosa alianza: aprovechaba las pretensiones territoriales inglesas poniéndolas al servicio de intereses norteamericanos y tenía por lo mismo, para Centro América, un doble peligro que nuestra cancillería previó y combatió con diligencia y energía. Refiere Walker que Kinney estaba muy envalentonado porque creía tener influencia en la administración de Mr. Pierce, valiéndose de sus relaciones con Sidney Webster, secretario particular de ese mandatario. Lo cierto es que nuestra cancillería, frente a los designios de Kinney y a los de Walker después, trató de realizar y realizó tres difíciles campañas: falta de recursos y de influencia en los Estados Unidos, consiguió aliar a los suyos poderosos intereses norteamericanos; buscó el auxilio de Inglaterra y Francia haciéndoles ver el peligro que para su política significaba el predominio exclusivo de los Estados Unidos en la zona canalera; buscó la ayuda de los pueblos hermanos del Continente y consiguió realizar la cooperación de todos los estados centroamericanos; empresa ésta la más penosa y ardua, porque habían de ser conciliados múltiples y contradictorios intereses lugareños, carlanca siempre pesada para sujetar las ideas grandes, en que aquéllos, por reflexión de su propia pequeñez, no ven sino asechanzas, emboscadas y pérfidos móviles.

Leer nuestra correspondencia diplomática de aquellos tiempos dificultosos es lección gratísima por el patriotismo y decisión que revela, y lo único que disminuye el singular deleite espiritual que produce su conocimiento, es pensar que no hemos hecho por la memoria de quienes fueron abnegados defensores de la soberanía centroamericana en el campo diplomático, todo lo que su extraordinaria labor merece. Afortunadamente el olvido ni a ellos ni a nadie le quita méritos.

Nuestro representante en Washington era don Felipe Molina y, a su muerte, acaecida a principios del año 55, le sustituyó su hermano don Luis. Eran hijos del prócer guatemalteco don Pedro Molina. Don Felipe es el autor de «Bosquejo de la República de Costa Rica», país donde había ejercido su profesión de abogado con bastante éxito. Fué luego uno de nuestros primeros diplomáticos; en 1850 consiguió de la Santa Sede la erección del Obispado. Encontrándose en Washington se le unió don Luis, a quien los demócratas habían extrañado de Nicaragua. A don Luis le tocó llevar lo más pesado de la campaña, porque fué representante de un país débil; tenía de su lado al Derecho, pero no contaba con el prestigio de la fuerza o de la riqueza y en cambio sus enemigos eran grandes y poderosos.

Tanto don Felipe como don Luis, en asocio de don José de Marcoleta, representante de Nicaragua, trataron de impedir la partida de Kinney, quien si bien gozaba de las simpatías del bando esclavista, menos intensas, sin embargo, para él que para Walker, encontró notable oposición en la Compañía del Tránsito, cuyos intereses iba a perjudicar, ocupando San Juan del Norte.

Uno de los directores de la Compañía, Mr. Joseph White, coadyuvaba con los mencionados diplomáticos, desplegando una actividad muy eficaz. Era Mr. White el tipo acabado de esos abogados norteamericanos audaces y empresarios, que colaboran al lado del capital prestándole el indispensable apoyo de sus conocimientos y de sus habilidades: en 1849 gestionó con el gobierno de Nicaragua un contrato para la realización del canal interoceánico, y en 1852 otro a favor de la Compañía Accesoría del Tránsito, presidida así como la que debía realizar la anterior empresa por Cornelius Vanderbilt, con el más hacedero propósito de establecer un servicio de transporte de San Juan del Norte a San Juan del Sur, usando las aguas del río y del Gran Lago, atravesando el istmo de Rivas y con el objeto aparente de facilitar la construcción

de la vía canalera. Nuestros países tienen gobiernos misérrimos, pero en cambio las más compañías extranjeras que en ellos se radican son poderosas y poseen recursos que no guardan proporción con los de los estados bajo cuyas leyes se desenvuelven y prosperan. La del Tránsito era de esas y su auxilio no despreciable, si se atiende a los múltiples entronques financieros y políticos que en los mismos Estados Unidos la hacían prominente.

Los adversarios de Kinney trataban de frustrar la salida de la expedición haciéndola caer bajo las leyes de neutralidad, que son como es sabido de una perfección que justamente enorgullece a la Gran República. Era necesario probar que la expedición era ilegal y eso lo consiguieron con la declaración de un tal capitán O'Brien, reclutador de colonos y lugarteniente de Kinney, quien aportó una comunicación firmada por éste, con fecha 27 de marzo, en que le ordena la salida de doscientos hombres dándole además un puesto en el futuro gobierno de Centro América. El tal O'Brien declaró además que Kinney se iba a apoderar de los vapores y propiedades de la Compañía del Tránsito. Ante tales pruebas el Gran Jurado de Filadelfia dictó unánimemente a mediados de mayo auto de prisión contra el aventurero, que consiguió pocos días después su libertad bajo fianza y obtuvo que se pospusiera el conocimiento de la acusación establecida en su perjuicio para fines de julio. Lo que iba a hacer en intertanto no hay para que decirlo. Marcoleta recurrió a la acción directa del Gobierno, pero éste contestó que su intervención no procedía por estar el caso pendiente en los tribunales. Sin embargo, en compañía de Mr. White, reanudó sus gestiones basado en una ley de 1818, registrada por el district attorney Mister Mc. Keon que autorizaba al Poder Ejecutivo a obrar bajo su propia responsabilidad en caso de urgencia, y como fuera de la razón legal pusieron de por medio la conveniencia de amparar a la Compañía del Tránsito, cuyo concurso y el de sus directores deseaba asegurarse el gobierno de Mr. Pierce, en vista de la campaña

reeleccionaria que deseaba intentar, logró que el 28 de mayo se expidiesen las órdenes necesarias para vedarle la salida a la expedición. El señor Marcoleta se alardeaba extraordinariamente de este triunfo que creía por lo visto de grandes consecuencias, pero no pudo impedir que Kinney y diez y nueve de los suyos se hiciesen a la mar en la goleta «Emma» y llegasen a San Juan del Norte, no sin haber naufragado antes frente a las islas del Turco. Kinney se tituló gobernador y aun editó un periódico oficial, pero empresa iniciada con tan malos augurios no tardó en decaer, entre otros motivos por la deserción de los colonos.

Marcoleta, despechado, solicitó del gobierno norteamericano el envío de un barco de guerra para efectuar la captura de los expedicionarios, pero le contestó el secretario de estado, Mr. Marcy, que las funciones de su gobierno se reducían a impedir la salida de las expediciones, pero que no podían extenderse a proveer a la defensa de las costas de Nicaragua. Solicitud con igual fin hizo al ministro inglés, pero fué también desechada. En Costa Rica y Nicaragua los gobiernos protestaron del modo más enérgico contra la expedición: por decreto de 1º de junio esta última república, que además llamó a las armas a los ciudadanos.

Pero ya por este tiempo una expedición de mucha más importancia, por la audacia y talento de su jefe, por la extensión de sus propósitos, por las simpatías que despertó en gran parte de la opinión norteamericana y sobre todo por las circunstancias en que se formó y desarrolló, preocupaba a los patriotas del Istmo: era la de William Walker.

Casi no hay centroamericano que desconozca las circunstancias en que llegó Walker a Nicaragua y como le calzó la pasión política las espuelas de conquistador; lo que se conoce menos es la situación en que estaba el resto de Centro América a su llegada, a nosotros se nos hace fuerza describirla brevemente para que se comprenda como era de quebrado el terreno en que nuestra diplomacia trazó el camino por donde

le llegó el auxilio a Nicaragua y al Istmo la salvación en forma de alianza.

Al comenzar el año 1855, pesaba en Centro América la política del presidente de Guatemala, general Carrera, cada vez más influyente desde que al romper en 1851, en la batalla de la Arada, la alianza de Honduras y El Salvador, había dado remate a las últimas legiones del bizarro unionismo morazánico, congregado para la lucha bajo la espada de Cabañas. A consecuencia de dicha victoria descendió de la presidencia de El Salvador Doroteo Vasconcelos, siendo sustituido por el doctor Francisco Dueñas, vasallo del mandatario guatemalteco, cuyos sucesores Martín y Campo, en mayor o menor grado, también le rindieron pleitesía. En Honduras la cosa no marchó así tan llana para Carrera, porque al presidente Lindo sucedió el general Cabañas, quien resistíase obstinadamente a la influencia de aquél que trataba de derribarle.

En 1853 llegó al poder en Nicaragua el partido conservador, siendo electo director supremo el general don Fruto Chamorro, contra quien se levantó al año siguiente el partido liberal, cuyos principales jefes tuvieron que refugiarse en Honduras, en donde encontraron de parte de Cabañas la misma benévola acogida que les había dispensado en 1852, cuando restituyó a la presidencia de su país al director Laureano Pineda, derrocado por los conservadores. Fiel a la fórmula de política centroamericana que, hoy como antes, consiste en armarle revoluciones al vecino, protegió a los emigrados que, capitaneados por Máximo Jerez, constituyeron el ejército llamado democrático, desembarcaron en El Realejo y ocuparon León, donde instalaron su gobierno presidido por el licenciado Francisco Castellón, frente al gobierno conservador, llamado a su vez legitimista, asentado en Granada, y presidido hasta marzo de 1855 por el general Chamorro y luego, a su muerte, por don José María Estrada. Ambos partidos luchaban con notable encarnizamiento, pero ninguno vencía.

A fines de 1854, el licenciado Castellón firmaba con el americano Byron Cole un contrato semejante a los que firmaban los aventureros europeos de la Edad Moderna: se comprometía a traer trescientos mercenarios de los Estados Unidos, a quienes el mal provisto gobierno democrático no pagaría con dólares, pero sí con tierras y, sobre todo, con soberanía.

En San Francisco de California estaba William Walker, el hombre necesario para cumplir un contrato semejante, quien consiguió reclutar cincuenta y siete aventureros para salir. Los fines que perseguía eran de todos conocidos, y nada era menos de suponerse en el osado aventurero que dos años antes había invadido la provincia mejicana de Sonora, fundando una república destinada, con todas las probabilidades, a engrosar el número de los estados esclavistas, que un cambio tan radical como el que hay de filibustero ambicioso a manso labrador, pero las autoridades californianas cerraron los ojos para no ver en los expedicionarios más que pacíficos colonos y las dificultades de zarpe no se debieron a que pretendieran ni por asomo hacer efectivas las leyes de neutralidad, sino a la circunstancia de estar el «Vesta», que tal se llamaba el bergantín que había de conducirlos de San Francisco al Realejo, respondiendo al pago de multitud de créditos contraídos por sus antiguos armadores. Salió del primero de esos puertos el 4 de mayo de 1855, y llegó al segundo el 16 de junio.

De la lectura de nuestra correspondencia diplomática se deduce que la cancillería costarricense creía o afectaba creer que Walker estaba en connivencia con Kinney y con la Compañía del Tránsito. Esto último es verdad, pero lo otro no. Las relaciones de ambos aventureros no lo denotan. La expedición de Kinney, malamente iniciada, malamente terminó. Los colonos lo abandonaron para unirse a Walker, que era el hombre victorioso, y Kinney tuvo que renunciar el 23 de setiembre después de haber solicitado en vano su auxilio.

Que Walker saliera de los Estados Unidos con el

apoyo de la Compañía del Tránsito es poco probable, pero sobre que su actuación en Nicaragua le atrajo su buena voluntad, no cabe duda. Eso era muy natural, porque la Compañía estaba tiempo atrás en controversia con el gobierno legitimista, que reclamaba el pago del porcentaje anual estipulado a cambio de la concesión, y el triunfo de Walker y los demócratas sería el triunfo de sus pretensiones y la continuación de su lucro. Por eso fué, a buen seguro, que facilitaron el transporte de los nuevos aventureros que venían a engrosar las huestes invasoras y que en un barco de los suyos se trasladara Walker de La Virgen a Granada, cuando tomó esta última ciudad. La actitud de la Compañía, se probó lujosamente cuando en sujeción a lo dispuesto por la convención de 2 de julio de 1860, pactada entre los Estados Unidos y Costa Rica, conoció una comisión mixta, y en cuanto a los puntos controvertidos el comendador José Berttinati, representante de Cerdeña en Washington, como árbitro, de todos los reclamos de ciudadanos norteamericanos originados durante la guerra. (1)

La enemistad de Walker con Vanderbilt vino al iniciarse aquélla, cuando embargó los bienes de la célebre empresa para poner fin a sus trapacerías.

Al poner los pies Walker en territorio centroamericano ya el gobierno de Costa Rica había trabajado mucho en su contra, porque cuanto se había hecho por combatir a Kinney le era aplicable. Nuestro gobierno tenía a su lado al de Guatemala, presidido por Carrera, y el de El Salvador, que, sin embargo, algún tiempo después, y de seguro obedeciendo a necesidades de política interna, había de reconocer al gobierno surgido del pacto Walker-Corral. El otro bloque lo constituían: Walker, los demócratas y el

(1) *History and digest of the International Arbitrations to which the United States has been a party* by John Basset Moore, pag. 1151, vol. II, Washington, 1898.

Joint Commission of the United States and Costa Rica. Case of the Accesory Transit Company. Opinion of the Costa Rican Commissioner.

gobierno de Honduras, presidido por Cabañas. Costa Rica no tenía carta en la lucha en cuanto la producían rivalidades locales, pero no podía ver con indiferencia resultados que no por miserables en sus orígenes dejarían de ser trascendentales y peligrosos para los destinos del Istmo. Nuestro gobierno pensó organizar una acción conjunta desde los principios de 1855, pero no era fácil realizarla ni asegurarse fácilmente el concurso de los aliados caso de llevarla a cabo. Cabañas era peligro constante para Carrera y éste y el gobierno salvadoreño tenían las manos atadas mientras estuviese en el poder. La atadura era Cabañas y había que cortarla para poder actuar luego con desembarazo. Así lo decía nuestro encargado de negocios en Washington, en comunicación de fecha 19 de julio del mismo año dirigida a nuestro secretario de relaciones exteriores, don Joaquín Bernardo Calvo: «Hace mucho tiempo que guardo la convicción de que Honduras ha dado justo motivo para que todas las Repúblicas hermanas hubiesen combinado sus fuerzas para extinguir de una vez el único foco temible de discordia que había en la América Central, haciendo cambiar la opresión y desatinada Administración de aquel desgraciado Estado». (1)

Dos meses después el señor Molina pudo ver realizados sus deseos porque una revolución alimentada por Carrera y encabezada por el general López derrocó a Cabañas, quien emigró a Nicaragua. La caída de este caudillo se compensó con un triunfo decisivo de Walker que había tomado la ciudad de Granada por sorpresa el 13 de octubre, valiéndose, como queda dicho, de uno de los vapores del Tránsito.

En el mes de junio había intentado una campaña con igual fin, pero los legitimistas le infringieron una seria derrota, y en persecución de los demócratas que acompañaban al Filibustero atravesaron nuestra frontera, bajo el mando de don Juan Quirós, costarri-

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes*, San José, Tipografía Nacional, 1914, pag. 74.

cense expulsado por Mora en 1850, y ya en territorio ajeno no sólo capturaron algunos sino que los fusilaron. Nuestra cancillería protestó contra esa violación que los vencedores habían pretendido justificar de previo en nota dirigida por el prefecto de Rivas al gobernador de Moracia, don Rudesindo Guardia, pero el gobierno granadino dió satisfacciones y el incidente se arregló fácilmente porque nuestro gobierno, aunque celoso defensor de la soberanía y exigente, no estaba en el caso de tomar ninguna resolución que al perjudicar a los legitimistas fuera beneficiosa para los invasores.

La toma de Granada resonó lúgubrementemente en Centro América. Por dicha ni el presidente Mora ni sus ministros eran Boabdiles, y contestó nuestro gobierno al triunfo filibustero ofreciendo su hospitalidad a los nicaragüenses fugitivos y publicando el 20 de noviembre la conocida proclama en que previene a los costarricenses que preparen sus armas. Walker, como lo acabamos de ver, entró en Granada en el mes anterior, pero en San José no se tuvo certeza de ello sino muchos días después.

La ocupación de tan importante plaza le entregó Nicaragua a Walker. Poco después, el 23 de octubre, firmó un tratado con el general Ponciano Corral en que se ponía fin a la guerra civil, constituyéndose un gobierno de transacción encabezado por don Patricio Rivas, con el general Jerez como ministro de relaciones exteriores ad interim, Corral como ministro de guerra y Walker como comandante en jefe del ejército.

El ministro de los Estados Unidos, Mr. Wheeler, había intervenido en los arreglos que precedieron la confección del tratado Walker-Corral, pero en su carácter de pacificador le había ido muy mal, porque los legitimistas castigaron su intromisión haciéndolo preso y el Departamanto de Estado lo reprendió diciéndole que si bien el Presidente (el de los Estados Unidos) no dudaba que había procedido guiado por motivos de humanidad su gestión estaba fuera de los

deberes que su carácter de representante de un gobierno extranjero le imponían. Wheeler protestó ante quienes le habían apresado y trató de justificarse con su cancillería probando que su actitud le había merecido agradecimientos de parte de los americanos residentes en Nicaragua.

La Secretaría de Relaciones Exteriores de Costa Rica no contestó a las notas en que la de Nicaragua le participaba la confección del tratado de paz, la constitución del nuevo gobierno y en que se solicitaba su amistad.

Mr. Wheeler, si bien en la nota de fecha 2 de noviembre que dirigió al ministro Jerez, en contestación a la que éste le envió dándole cuenta de los anteriores sucesos, manifestó que no tendría comunicación con el nuevo gobierno porque éste mantenía en sus puestos al prefecto de Rivas, Eduardo Castillo, y al gobernador militar de la misma localidad, general Florencio Xatruch, quienes le habían apresado y vejado, no tardó en reconocerlo ya que esos obstáculos prontamente desaparecieron.

Inmediatamente después la cancillería nicaragüense puso en conocimiento del ministro americano que el señor Marcoleta dejaba de representarla en Washington, y este último se dirigió al gobierno de la Casa Blanca interpellándole en los siguientes términos: «por más que esté plena y suficientemente probado que ese acto ha sido espontáneo y voluntario (el del reconocimiento hecho por Mr. Wheeler) y que no ha podido tener origen en instrucciones u órdenes del Departamento de Estado; con todo, el infrascrito no puede menos de rogar al Honorable W. L. Marcy se sirva manifestarle si el Gobierno de la Unión aprueba y ratifica ese reconocimiento». (1)

El representante de Guatemala y El Salvador, don Antonio de Irisary, también interpeló claramente al gobierno americano diciéndole: «El infrascrito espera

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, pág. 171.

que en consecuencia de la buena amistad que reina entre los Estados Unidos y las Repúblicas de Centro América, se sirva este Gobierno declarar solemnemente su desaprobación por la tolerancia de las autoridades de California en la formación de la expedición mencionada; por la ayuda que a esta expedición ha dado la Compañía de Vapores de Nicaragua y por el reconocimiento hecho por el Representante de los Estados Unidos, de la autoridad usurpada por aquellos aventureros sin ningún carácter nacional: dando al mismo tiempo sus órdenes más eficaces para que los trastornadores del Gobierno legítimo de Nicaragua no sean reforzados con nuevas gavillas de filibusteros». (1)

La actuación diplomática del señor Irrisary, aunque valiosa, no se llevó a cabo en toda la amplitud posible en los tiempos que narramos porque a más de estar enfermo, había, según escribe don Luis Molina, «perdido de vista desde hace muchos años los acontecimientos de la América Central, de manera que ya no conoce el país, las ideas en él dominantes, ni los nombres más notables». (2)

Nuestro encargado de negocios a su vez hizo ante el Departamento de Estado representaciones análogas a las de sus colegas centroamericanos el 6 de diciembre, pero era pesimista en cuanto sus resultados, porque a Walker lo apoyaba moralmente una gran parte de la opinión pública; en cambio nos secundaba la mayoría del Cuerpo Diplomático hispano-americano. En esta ocasión no estaba fundado su pesimismo porque Mr. Marcy contestó que el procedimiento de Wheeler no sólo estaba desautorizado sino que era contrario a las instrucciones de su cancillería. Empero, sobre la salida de los filibusteros que iban a unirse a Walker, manifiesta que, «al embarcarse eran, según todas las apariencias, ciudadanos pacíficos que volvían a sus

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, etc., pag. 159.

(2) *Ibid*, pag. 76.

Gámez, por el contrario, opina que fué muy activa. *Historia de Nicaragua* por José D. Gámez, Managua, 1889, pag. 706.

hogares en los estados del Atlántico. Nada hubo en conexión con su embarque, que justificase su arresto, pues éste, como el señor Molina sabe, bajo la Constitución de los Estados Unidos, sólo podría verificarse por la existencia de causa probable fundada en juramento, o afirmación de un testigo fidedigno». (1) En parecida forma contestó a los señores Marcoleta e Irrisary y además se publicó una proclama suscrita por el Presidente, previniéndoles a los que intentasen alistarse en expediciones filibusteras, que caerían bajo la sanción de las leyes de neutralidad y que el Gobierno les negaría su protección. En vísperas de Nochebuena se impidió el zarpe del barco «Northern Light», que cargado de filibusteros se dirigía a playas nicaragüenses.

Wheeler, en extensa comunicación fechada a 15 del mismo mes, explica su actitud al Departamento de Estado, pintando la situación de Nicaragua como llena de prosperidad y de porvenir. Expresa que el nuevo régimen era de aceptación general y que no había ni un ciudadano preso por causas políticas, lo que le parece tan inusitado, como que en la rada de San Juan del Sur hubiese tres barcos mercantes anclados. Afirma que la inmigración aumentaba considerablemente, y que todos los ramos de la industria y de la agricultura adquirirían notorio progreso bajo la égida de Walker y de Rivas. La necesidad en que estaba de vindicar su actuación lo convirtió en celoso abogado de los filibusteros y durante la campaña militar no desperdició ocasión para causarnos perjuicios.

Dos días después de escrita la nota mencionada, Mr. Parker H. French, enviado extraordinario del gobierno usurpador, en nota a que acompañaba carta autógrafa del presidente Rivas, solicitaba de Mister Marcy una entrevista que decía había de ser previa a la entrega de credenciales. Don Luis Molina se inclinaba a creer que se las recibirían y que de no hacerlo, sería nada más que por las tachas personales que

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, pág. 174.

afectaban al representante filibustero, de las cuales no era la menor el ser tahir. Este improvisado diplomático no era cojo como Talleyrand, pero era manco, porque había perdido un brazo al asaltar el castillo de San Carlos, cuando se estaba, poco después de haberse tomado Granada, en los preliminares que dieron por consecuencia el tratado Walker-Corral.

Mr. Marcy contestó el 21 de diciembre que su presidente le había dado instrucciones para que le manifestase que no veía que hubiese aún razones para establecer relaciones diplomáticas con quienes ejercían el poder en Nicaragua, ya que el derrocamiento del anterior gobierno se debía principalmente a ciudadanos no nicaragüenses, ignorándose si el pueblo de Nicaragua había manifestado libremente su aprobación o aquiescencia hacia el nuevo orden de cosas.

French replicó el 18 de enero de 1856 que su intención había sido sencillamente solicitar una entrevista, y luego con simpleza agrega, que de acuerdo con la norma política fijada por Mr. Marcy en su contestación, no debería reconocer tampoco a los representantes de Inglaterra, Francia o Rusia, puesto que no tenía seguridad de que sus respectivos gobiernos gozasen de la aprobación o aquiescencia de los gobernados.

El district attorney Mr. Mc Keon, puso término a las gestiones de French, según parece, invitándole a salir del país, porque el enviado de Walker alterna la discusión diplomática con el enganche de aventureros, entregándose a esta segunda ocupación con un entusiasmo vedado por las leyes de neutralidad. (1)

En el mensaje que dirigió el presidente Pierce el 15 de mayo de 1856 al Senado y a la Cámara de Representantes, aborda, entre otras cosas, la cuestión del reconocimiento de gobiernos de facto y dice: «Ha sido

(1) Refiere Gámez que French intentó sobornar al señor Marcoleta, pero llama la atención que no aparezca este hecho relativamente importante en la correspondencia de nuestro encargado de negocios.— *Historia de Nicaragua*, Gámez, pág. 627.

constante política de los Estados Unidos reconocer todos los gobiernos sin discutir sus orígenes u organización, o los propósitos de las personas que alcanzan el poder, con tal que sea un gobierno de facto aceptado por el pueblo, a reserva de tomarse un plazo para reconocer gobiernos revolucionarios que surjan de la subdivisión de un estado con el que mantengamos amistad». Esto lo decía Mr. Pierce para agregar después que había recibido al padre Vigil como representante de Walker, ya después de haberse roto las hostilidades entre Costa Rica y Nicaragua, explicando además, que French no había sido recibido no tanto por motivos personales, sino porque el gobierno norteamericano no estaba ampliamente informado sobre el gobierno de Rivas y la intervención que tenía en él un grupo de ciudadanos norteamericanos. Tales afirmaciones resultan contradictorias porque el gobierno de Rivas nunca fué más indigno de ser reconocido, que cuando lo representó el padre Vigil en Washington. En ese tiempo la intervención de los filibusteros, ya muy numerosos, era decisiva, y el gobierno de Rivas no gozaba de la aquiescencia del pueblo nicaragüense en armas contra el opresor. Nuestra cancillería nunca creyó que los filibusteros dejarían de ser reconocidos y el fracaso de French no lo consideró decisivo para sus comitentes. El señor Molina estaba al tanto de ciertos detalles de la política norteamericana que le hicieron suponer fundadamente que Mr. Pierce se inclinaría al lado de Walker. La clave de su actitud la da el historiador filibustero Jeffrey Roche en forma creíble diciendo que Pierce trataba de halagar al partido demócrata, esclavista en su gran mayoría, para obtener su reelección. ⁽¹⁾ Ese partido lo había elevado al solio y ese partido lo acusaba también de tibieza. Sobre las pretensiones políticas de Pierce no cabe duda, pues en efecto, se presentó como candidato demócrata a la Convención de Cincinnati reunida unos

(1) *Historia de los Filibusteros*, James Jeffrey Roche, versión castellana de Manuel Carazo Peralta, San José, Imprenta Nacional, 1908, pág. 125.

meses después del reconocimiento de Walker, siendo derrotado.

Incidentalmente tocamos este punto para que se vea qué lejos están de la verdad los que, como algunos historiadores norteamericanos, creen que la actitud de la Casa Blanca para con French fué la que decidió a los costarricenses a la lucha; nuestra cancillería, como tantas veces lo acabamos de ver, no esperó a que se aplazara el reconocimiento de los filibusteros con la torpeza de su representante para tomar la valerosa actitud que le glorifica.

Es indudable, desde luego, que hay íntima relación entre la política norteamericana y los sucesos que pretendemos narrar. La expedición de Walker fué en gran parte una simple manifestación de la lucha interna que conmovía la Gran República. Damos por conocida la cuestión de la esclavitud. Walker era un sincero esclavista y su empresa, así como la de Kinney, tenía fuera del propósito personal o subjetivo de gloria y de aventura, que animaba sobre todo al primero, el propósito definitivo de fundar una república de esclavos. Respecto de Kinney, nuestro servicio de relaciones exteriores obtuvo varios informes como el que en forma de carta le dirigió el ciudadano americano Mr. Kirckland a don Manuel J. Carazo, secretario de hacienda y guerra, según se deduce, con el fin de que lo hiciese llegar a manos del Ministro Calvo, ⁽¹⁾ Mr. White, el abogado de la Compañía del Tránsito, que por su posición estaba más al tanto que nadie sobre la verosimilitud de los fines de los aventureros, informó en igual sentido a don Luis Molina.

Respecto de Walker basta leer su «La Guerra de Nicaragua» para tenerlo por confeso. Cuando nombró su representante en Inglaterra al patriota cubano don Domingo Goicouría, le escribió: «El único medio de cortar la creciente y expansiva democracia del Norte es establecer una confederación del Sur, compacta y

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, pág. 8.

fundada en principios militares». (1) Goicouría, que por lo visto sólo a la prueba escrita le tiene fe, dice que esa carta lo indujo a separarse de sus antiguos compañeros y a no hacer viaje a Inglaterra. Decimos esto porque otro, con un criterio menos confiado a la palabra escrita y más a los hechos, hubiera visto que Walker no llegó a Nicaragua a formar con los rifles de los suyos efímeros pabellones. Restableció en Nicaragua la esclavitud. Estableció el idioma inglés a la par del español cuando no sobre él. Fundó una oficina de emigración a cargo de Mr. Fabens, antiguo cónsul de los Estados Unidos en San Juan del Norte. La prensa demócrata estaba de su lado y la republicana, cuando no lo elogiaba, no lo combatía tampoco con empeño. Sus soldados se reclutaban y embarcaban, ya armados, (2) a vista y paciencia de las autoridades.

Y si no nos fuera imposible salirnos de los límites que nos hemos trazado, diríamos cómo cuando Costa Rica y las demás repúblicas centroamericanas le declararon la guerra, se excitó la opinión en los Estados Unidos y se acentuaron las simpatías a su favor.

¿La anexión de Centro América a los Estados Unidos o a la Confederación sudista, si Walker hubiera triunfado, se habría verificado fácilmente?

El que hubiera sido difícil no indica que fuera irrealizable. Por lo pronto imaginamos dos grandes obstáculos: la oposición de los estados del Norte, partidarios de la abolición de la esclavitud, y la de Inglaterra y Francia. El primer obstáculo, lo hubiera hecho desaparecer la guerra de Secesión, vaticinada ya (3) y el segundo no habría faltado modo de allanarlo, bien a consecuencia de ella, bien por alguna de esas compensaciones que resuelven en la vida internacional los problemas que parecen más difíciles. Don Luis Molina ex-

(1) *Reseña Histórica de Centro América* por Lorenzo Montúfar, t. VII, Guatemala, 1887, pág. 606.

(2) *Joint Commission of the United States and Costa Rica. Case of the Accessory Transit Company. Opinion of the Costa Rican Commissioner*, pág. 627.

(3) *The History of North America*, vol. XV. by Francis Newton Thorpe, 1906, Philadelphia, pág. 196.

presa, con meridiana claridad, los fines de los filibusteros en nota dirigida a Mr. Marcy: «Si hoy son negados por el Gobierno,—le dice—ellos esperan, no sin fundamento, ser mañana recibidos, con los brazos abiertos, vestidos de gala para la anexión, y ser ensalzados, legitimando su botín». (1)

El general don Pedro Alcántara Herrán, encargado de negocios de Nueva Granada en Washington, dirige al cónsul de esa república en Costa Rica, don Miguel Macaya, para que éste a su vez la ponga en conocimiento de nuestro gobierno, una nota de que entresacamos lo siguiente: «Decididamente parece que los Estados del Sur quieren ensanchar su poder y su territorio y su execrable institución de la esclavitud a costa de Centro América, y no se puede asegurar que cuanto está sucediendo no entra en los altos planes de la política norteamericana». (2)

Tienen razón ambos diplomáticos. ¿Cómo había de serle indiferente a los estados del Sur la perspectiva de tener un aliado más, poderoso, maravillosamente situado y esclavista, si ya por este tiempo se discutía a balazos si en Kansas había de existir la esclavitud o no? Centro América, bajo el dominio filibustero, habríase mantenido independiente de los Estados Unidos durante un lapso más o menos largo, pero luego, por un proceso análogo al de la incorporación de Tejas, hubiera entrado a formar parte de la Unión Americana. Ese era nuestro destino aparente y lamentable, pero en el Istmo había hombres capaces de impedirlo y si no de impedirlo al menos de luchar con heroísmo y de salvar a su pueblo del olvido.

- Véase qué serena y qué energética era la resolución de nuestro eximio secretario de relaciones exteriores en las palabras que trascibo, escritas con toda sinceridad en momentos difíciles, al Encargado de Negocios en Washington, y no destinadas a ningún editorial ni a ser pronunciadas en ninguna exaltada

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, pag. 160.

(2) *Ibid.*, pag. 216.

asamblea: «No será jamás Costa Rica, por más que calle y espere, la que gozosa de la inacción, se entregue miserablemente, y aun si llegara un día en que hubiera de sucumbir, lo haría con honor, conquistando, si no un laurel, una palabra que la hiciese digna de las simpatías de todos los buenos. Confíe Vuestra Señoría en que ésta es nuestra irrevocable resolución y que lejos de huir el peligro le afrontamos en cuanto sea oportuno». (1)

La cancillería costarricense, desde que asomó el peligro, creyó que la acción conjunta de las repúblicas centroamericanas era necesaria para resolver el problema de Nicaragua, expulsando a los invasores, pero no se le ocultaron las dificultades de la empresa.

Durante todo el año 55 trabajó en ese sentido y no vió los resultados de su labor; como habíamos dejado dicho ni El Salvador, ni Guatemala estaban en posibilidad de tomar una actitud decidida estando Cabañas en la presidencia de Honduras. Su caída cambió mucho la situación, porque el nuevo gobierno que debía su existencia a Carrera, le era desde luego adicto, pero en cambio la cuestión eleccionaria y la política de la cámara absorbió en los últimos meses del año todos los cuidados de la cancillería salvadoreña, de suerte que siempre continuó limitada la acción de los países restantes, cuyo porvenir sin embargo no estaba menos amenazado. Cabañas derrocado huyó a Nicaragua a buscar el auxilio del presidente Rivas, para reconquistar el poder, porque él a su vez había ayudado a los demócratas contra los legitimistas. Nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores dió por cierto el hecho y lo puso en conocimiento del gobierno guatemalteco, para quien la perspectiva no era seductora, porque Cabañas vuelto a la presidencia de Honduras se vengaría del auxilio que Carrera le había prestado a sus enemigos.

Pero si en Centro América las cancillerías se habían reducido a hacerse mutuas protestas de frater-

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, pág. 243.



nidad no ocurría lo mismo en Washington, donde nuestros representantes colaboraban juntos y con intimidad. El año nuevo reservaba mejores días. En diciembre, el gobierno de Costa Rica dirigió a los de El Salvador, Honduras y Guatemala una circular en que sin reticencias se les interrogaba si estaban dispuestos a formar una alianza franca y enérgica para expulsar a los filibusteros de Nicaragua y establecer en ese país un gobierno constitucional. La inminencia de que Cabañas, con el auxilio de Rivas y de Walker, llevase la guerra a Honduras, preocupó seriamente a la cancillería de esta sección que se apresuró a buscar un acuerdo con el Salvador y con Guatemala. Debemos observar, sin embargo, que la amenaza de Cabañas se deshizo como por encanto unas cuantas semanas más tarde, porque Walker le negó todo auxilio, determinando al mismo tiempo su negativa la renuncia presentada el 8 de enero por el General Jerez, quien se retiró del Gobierno y entró a formar en las filas de los patriotas con el entusiasmo y el corazón que siempre supo poner en todos sus actos. Cabañas partió a El Salvador y desde allí publicó un manifiesto contra Walker. ¿Hasta qué punto el fracaso de su intento determinó enfriamiento en el gobierno de Honduras? ¿Hasta qué punto son justificados los cargos que se hicieron en Costa Rica al general Guardiola, presidente de esa república, y a Carrera, y los que les hace el Dr. don Lorenzo Montúfar dando a entender que la actitud bravía de esos gobiernos no tenía más resorte que la amenaza liberal? ⁽¹⁾ La verdad completa no se sabrá mientras no conozcamos mejor los archivos de las demás secciones hermanas. Lo cierto es que Guatemala acreditó como comisionado especial ante el gobierno de Costa Rica a don Francisco Gavarrete, oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores, quien salió para nuestras playas en los primeros días

(1) *Reseña Histórica de Centro América*, Montúfar, t. VII, págs. 188, 194, 345 y 385.

Véase también respecto a la actitud de Guardiola: *Historia de Nicaragua*, Gámez, pág. 636.

de enero, antes de saberse en las suyas el fracaso de Cabañas, con la misión de ajustar un tratado de alianza al que después se adherirían El Salvador y Honduras. A la presidencia del primero de dichos países llegó don Rafael Campo, quien se hizo cargo del poder el 13 de febrero. Este acontecimiento, al dar por concluida la lucha eleccionaria, le quitaba a la acción las trabas que la ceñían, y el nuevo gobierno, pocos días después de haberse constituido, interpelaba al de Rivas sobre cuáles eran los motivos que tenía para acrecentar sus fuerzas con elementos extranjeros. Ese mismo mes acreditó nuestro gobierno dos legaciones, una a cargo del licenciado don Pedro Zeledón y la otra a cargo del doctor don Nazario Toledo, designando como secretario de ésta al licenciado don Juan J. Ulloa y encargándoles partir para las demás repúblicas a la mayor prontitud. Ambos plenipotenciarios habían sido muy discretamente elegidos, porque a sus prendas personales se unía la circunstancia de haber residido por mucho tiempo en el resto de Centro América el uno, y ser guatemalteco de origen el otro. Don Juan J. Ulloa, muy joven en ese entonces, por otra parte, había hecho sus estudios en Guatemala.

Las instrucciones que se le dieron a don Pedro Zeledón denotan como andaban nuestros grandes hombres de aquel tiempo poseídos de la visión amplia y liberal, y como habían sepultado el espíritu localista. Costa Rica no reclamaba sino un puesto en la lucha. En cuanto a colaboración reclamó el aporte más pesado: ofrecía romper las hostilidades de primera, concurrir a los gastos como la que más y a cambio de eso ni siquiera ambicionaba el mando supremo de las tropas instruyendo a su plenipotenciario para que lo ofreciese al general Carrera. Indicaban, además, la conveniencia de principiar las operaciones antes del invierno y prometía nuestro gobierno atacar a Walker, aun antes de que se movilizasen las fuerzas de los demás estados caso de que fuesen agredidos. ⁽¹⁾

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, pág. 295.

Poco faltaba, pues, para la generala. Ibamos a lanzarnos a una lucha de vida o muerte. De otras naciones nos llegaban simpatías, pero casi sólo simpatías. El auxilio que nos brindó el Perú, en forma y condiciones que nunca sabremos agradecer bastante, vino después, ya entrada la guerra. Antes de ella el señor Molina había solicitado el de Méjico por medio de su representante en los Estados Unidos, que lo era el general Almonte —hijo de Morelos que había de figurar después al lado de Maximiliano—, pero su patria estaba devorada por la guerra civil.

Por nota de 26 de noviembre de 1855, el señor Molina sometió a la consideración del gobierno de Nueva Granada por medio del general Herrán, que antes habíamos citado, la siguiente pregunta: «Si Costa Rica fuere invadida por aventureros solos o con otras fuerzas bajo su influjo, en número tan considerable que el Gobierno de aquella República solicite auxilio del Gobierno de Nueva Granada, se encontrará dispuesto a prepararlo y concederlo?» (1) El general Herrán estuvo después en Costa Rica y su admiración por la causa libertadora lo llevó a ofrecernos su espada, pero—como observaba nuestro Representante en Washington—, su noble entusiasmo no estaba a la altura de las posibilidades de su país.

Esos leales amigos de la causa centroamericana celebraron varias reuniones en que renació la idea de la Confederación Hispano-americana y en diversas ocasiones nos hicieron presente su solidaridad. Mucho de lo que hicieron—como la celebración de un tratado de alianza defensiva, por ejemplo—tuvo lugar después de haber estallado el conflicto, y de ahí que nos extendamos más sobre este tópico.

El Santo Padre nos significó igualmente su simpatía cuando le expuso la angustiada situación de Centro América el Marqués de Lorenzana, agente diplomático de Costa Rica ante la Santa Sede y Cerdeña. La misma Cerdeña, que cobraba bajo Cavour

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc.*, págs. 46 y 51.

lineamientos de potencia, nos aseguró su colaboración moral, porque la otra, la material, se la estaba presutando a los aliados en Crimea y tenía frente a sí el problema de la unidad italiana.

El 10 de noviembre de 1855, Molina, autorizado por su colega Irrisary y en su nombre, hacía una gestión mucho más grave: solicitaba la intervención de Inglaterra, Francia y España por medio de notas dirigidas a sus respectivos representantes, en que exponía la naturaleza del peligro que afectaba a Centro América. «Séame permitido—dice—indicar las consideraciones en que me fundo, para calificar la naturaleza y entidad de los hechos. Es incuestionable que esta Nación (se refiere a los Estados Unidos) se halla dominada por una pasión insaciable de engrandecimiento y riqueza, que le imprime un movimiento creciente de expansión, y parece haber debilitado o adulterado en ella las nociones de lo justo y de lo injusto. De aquí nace el indiferentismo, la connivencia, y aun la complicidad de los que guían la sociedad con el filibusterismo, que brota en las clases inferiores». Al final de su nota expone, además, refiriéndose a las posesiones de los países a que se dirige: «no gozarían la misma seguridad y ventajas si permitiese que esta República se apropiase los Istmos de Nicaragua y Panamá, y que, acabando de perderse el equilibrio, esta parte del globo quedaría sujeta». (1)

Trascribimos esos párrafos porque es la síntesis de todo lo que nuestros gobernantes podían decir y dijeron a los países europeos. Insistir sobre el mismo asunto, exponer diversos aspectos suyos: esa fué en gran parte la gestión de nuestra diplomacia.

El señor Marcoleta hizo análoga exposición a los mismos gobiernos europeos, siendo precedidas, tanto la suya como la de Molina, por otra dirigida pocos días antes por el Ministro Calvo, directamente a las cancillerías de Inglaterra y Francia. (2)

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, etc., pág. 127.

(2) *Ibíd.*, pág. 117.

Con el señor Escalante, ministro español, sostuvo el señor Molina varias entrevistas y en ellas le hizo ver los peligros que traería para la posesión de Cuba la de Centro América por los filibusteros, que años antes ya habían intentado apoderarse de la Isla. De tales entrevistas dedujo nuestro representante que España no se decidiría jamás a proceder aisladamente. (1)

Sostuvo numerosas entrevistas con el ministro inglés Mr. Crampton, y es de creerse que en más de una ocasión los conceptos de las notas que dirigía al gobierno de Costa Rica expresaban fielmente la opinión de la Gran Bretaña en nuestros asuntos, porque afirmaba el señor Molina, que no resolvería ningún asunto grave sin consultarla y tomarle consejo.

No se portó así tan deferente el Conde Clarendon, primer ministro inglés, con el cónsul de Costa Rica en Londres, don Eduardo Wallerstein, en la entrevista que le concedió el 8 de enero de 1856. El señor Wallerstein solicitó la protección de la Gran Bretaña y el Conde Clarendon le contestó con una especie de reprimenda en que le decía que «pueblos que habían observado una conducta tan desordenada y escandalosa, no debían esperar simpatía y auxilio». (2) El señor Wallerstein, capeó como pudo la filípica de su Señoría que concluyó por aceptar que Costa Rica y Chile, eran dos excepciones en Hispanoamérica y por mostrar un talante más afable para nuestra causa. El Sr. Wallerstein le expuso que los intereses británicos sufrirían graves perjuicios si los filibusteros bloqueaban el puerto de Puntarenas, puesto que harían imposible el envío de nuestra cosecha de café a Inglaterra, afecta ya al pago de adelantos hechos por comerciantes ingleses. Para precaverlos solicitaba el envío de un buque de guerra. Poco antes de retirarse de la entrevista, que fué bastante prolongada, puesto que duró tres cuartos de

(1) En abril de 1856 llegó a San José el general español Morales de Roda, según se decía, en misión de su gobierno, *Reseña Histórica de Centro América*, Montúfar, t. VII, pág. 630.

(2) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, etc., pág. 13.

hora, solicitó el préstamo de dos mil fusiles que el gobierno de Costa Rica le pagaría, con un plazo de cuatro años. El ministro inglés se reservó el derecho de contestar después ambas solicitudes.

Pero ya antes de esta entrevista, el activo señor Wallerstein había dirigido por propia iniciativa una laboriosa nota al gobierno inglés, redactada con la asistencia de uno de los diplomáticos más ilustres de la Gran Bretaña. Comienza por exponer la enorme importancia que tiene para el mundo la situación del istmo centroamericano, y el particular interés que presenta para Inglaterra el que se mantenga independiente, y en que no se altere el estado de cosas creado por el tratado Clayton-Bulwer, considerado por Costa Rica como la mejor garantía de su integridad. Informa además sobre la índole de las expediciones que nos amenazaban, tanto más terribles cuanto que no era Costa Rica país de la clientela norteamericana, sino por el contrario país adicto a la política inglesa que había sostenido y sostenía con constancia. Relataba en fin cuáles eran los intereses británicos más próximamente amenazados. ⁽¹⁾ En nota posterior a la entrevista descrita reiteró su solicitud. Tuvo el gesto de recibir el 22 de febrero contestación de Mr. Hammond, subsecretario de relaciones exteriores, en que ponía en su conocimiento que el almirante del escuadrón del Pacífico, había recibido orden de visitar nuestras costas con sus cruceros, y el 9 de febrero recibía otra comunicación en que el mismo funcionario le daba aviso, que el Conde Clarendon había consultado con el ministro de guerra y que estaban a disposición de Costa Rica, los dos mil fusiles solicitados, sobre la cuestión del plazo no decía nada.

Refiere Wells, en su libro «Walker's Expedition to Nicaragua» ⁽²⁾, obra editada en el mismo año 1856, que una y otra comunicación, aquella en que nuestro cónsul participaba a su gobierno la favorable acogida

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, etc., págs. 184 y 205.

(2) *Walker's Expedition to Nicaragua*, by Williams Wells, New York, 1856, página 152.

que sus peticiones habían recibido y otra que le dirigió al presidente Mora, cayeron en manos de los filibusteros en un lugar del río San Juan llamado Hipp's Point. El, en su libro, las transcribe íntegramente como prueba decisiva de que estábamos formidablemente asesorados por los ingleses y agrega que inmediatamente esas piezas de convicción fueron remitidas a Washington. Efectivamente el sentido de la correspondencia que inserta en su libro coincide en todo con lo que acabamos de relatar. La nota de Wallerstein que copia está concebida en términos iguales a los de la que se encuentra en nuestro archivo de Relaciones Exteriores, con la sola diferencia de que una, la de Wells, está fechada a 10 de febrero, mientras que la otra tiene fecha 16. Bueno es que digamos que las relaciones entre los Estados Unidos e Inglaterra no eran del todo cordiales. Tenían una cuestión pendiente relativa a la isla de Roatán y demás de la Bahía que Inglaterra había anexado a Belize un año después de haberse suscrito el tratado Clayton-Bulwer. Los Estados Unidos consideraron tal hecho violatorio de la mencionada convención y la Gran Bretaña, con una interpretación que justificaba su influencia en la Mosquitia, afirmaba que dicho tratado no había alterado el estado de cosas existente al firmarse y que perteneciéndole tanto las islas de la Bahía como la Mosquitia antes de 1850 subsistían sobre ellas sus derechos sin ninguna alteración. (1) También se habían producido algunas dificultades con motivo del reclutamiento de soldados que pretendía hacer la Gran Bretaña en territorio americano, con ocasión de la guerra de Crimea.

Cuando se aumentó la Escuadra inglesa del Mar Caribe se provocó cierta excitación en los Estados Unidos y la prensa hizo gran alharaca llegando a decir que la guerra entre ambos países era inminente. (2) Eso era falso porque ni uno ni otro la deseaban.

(1) Controversia a que puso fin el tratado Dallas-Clarendon, firmado en Diciembre de 1856.

(2) *Historia de los Estados Unidos*, por J. A. Spencer, t. III, Barcelona, 1873, cap. VIII.

Había entre ambas potencias rivalidad, pero nada más. En todo caso los filibusteros se dieron maña para aprovecharla y pretendían hacer en Washington con los Estados Unidos el juego que nosotros hacíamos en Londres con Inglaterra.

En Francia, Mr. Lafond, que tenía el carácter de enviado provisorio de nuestro gobierno, y Mr. Adolphe-Marie, hombre de influencia en él, hacían gestiones encaminadas a obtener la protección de Napoleón III ⁽¹⁾ quien la prometió al primero cuando éste fué a felicitarlo con ocasión del año nuevo, diciéndole que la cuestión de Centro América le era simpática, que era difícil y que cuidaría de los intereses de Costa Rica. El señor Marie había conversado en noviembre con el Conde Walewski y a sus insinuaciones no había contestado nada en concreto. Sin embargo el 14 de febrero el señor Lafond tuvo la satisfacción de poner en conocimiento de su cancillería que ya se había dado órdenes a la escuadra francesa del Pacífico para que destacase un navío en nuestras costas. El gobierno francés nos obsequió, además, cinco caqueves de vestidos y algunas armas. De Francia nos vino, además, el comandante Barrillier que tenía el encargo de instructor y que había de pelear hermanado con los nuestros en la batalla de Rivas y en la que sin exageración puede llamarse portentosa campaña del río San Juan.

En febrero llegó a Puntarenas la fragata «L' Emboscade» con encargo de vigilar por los intereses franceses, pero su arribo no se debía a las gestiones realizadas en Francia sino a las que por medio de nuestra Secretaría de Relaciones hicieron ante sus respectivos cónsules de Panamá súbditos franceses y británicos.

(1) Napoleón III conocía muy bien la situación internacional de Centro América, porque siendo príncipe había pretendido la realización del canal de Nicaragua, tópico sobre que versaron las entrevistas que, estando preso en Ham, sostuvo con D. Francisco Castellón primero, y con D. José de Marcoleta después, siendo ellos representantes de Nicaragua en países europeos. *Percement de L'Isthme de Panama par le Canal de Nicaragua*, por M. Félix Belly, París, 1858, pág. 81.

Don Eduardo Wallerstein y los señores Lafond y Marie habían trabajado con tesón y con cariño por Costa Rica. Estaban muy ligados con nosotros. Wallerstein había vivido mucho tiempo en Costa Rica; Lafond también y, según refiere don Ricardo Fernández Guardia en su «Reseña Histórica de Talamanca» había estado en esa región en 1849, y en 1850 había celebrado un contrato de colonización en que se comprometía a abrir un camino nada menos que de Golfo Dulce a la Bahía del Almirante. (1)

El señor Marie, que escribía con notable corrección el castellano, si se atiende a su condición de francés, fué uno de nuestros primeros periodistas. No consiguieron un apoyo decisivo, pero lograron despertar una intensa corriente de simpatía. Hubiera sido imposible que representando países débiles y pobres decidieran a esas potencias abandonar, por socorrernos, los intereses que tenían comprometidos en Crimea, o se hubieran enzarzado en un innecesario conflicto con los Estados Unidos.

De ello se convenció nuestro gobierno. Algunas notas de don Luis Molina, en que se refleja el sentir del ministro inglés Mr. Crampton, daban a entender que el auxilio decidido no podía venir sin que nosotros declarásemos la guerra. (2) El señor Herrán opinaba del mismo modo. A las demás repúblicas de Centro América había que darles la prueba elocuente de la acción. El pueblo costarricense odiaba a los invasores de Centro América al través de las fronteras de Costa Rica. Y el filibustero necesitaba la guerra y necesitaba triunfos para decidir a su favor a los esclavistas de los Estados Unidos de un modo más caluroso y para extender sus dominios estrechos. (3) Cuando el 15 de febrero, como comisionado de Walker, atravesó nuestra frontera el coronel Schlesinger, que expulsamos

(1) *Reseña Histórica de Talamanca*, por Ricardo Fernández Guardia, San José, 1918, pág. 140.

(2) *Documentos relativos a la Guerra Nacional*, etc., pág. 169.

(3) *The History of Nations. The United States*, por James Wilford Garner and Henry Cabot Lodge, vol. XXIV, Philadelphia, 1906, página 629.

ignominiosamente, ya el extraordinario capitán filibustero estaba listo para la lucha. Júzguese la índole de la misión de Schlesinger por las instrucciones que le había dado el presidente Rivas: «No quiero excusarme de referir a U. que exija del Gobierno de esa República una resolución franca y categórica sobre la cuestión del Guanacaste: esto es, si piensa seguir ocupándolo contra la voluntad de su dueño, o está dispuesto a entrar en un arreglo justo y armonioso; en este último caso, excite U. al referido Gobierno, a que haga sus proposiciones; pero en uno o en otro evento, que su contestación sea de una manera terminante y definitiva, porque no estamos para pasar el tiempo en polémicas infructuosas». (1)

«..... Todo parece que conspira contra nosotros, pues todo marcha con pies de plomo, mientras que los filibusteros vuelan», escribía con angustia el Ministro Calvo el 25 de febrero. (2) A nosotros no nos quedaba más recurso que casarnos con la guerra. Tres días después—el 28—el Presidente Mora llamaba a sus conciudadanos a la lucha.

Ese mismo día Walker iba a proporcionarnos un poderoso aliado: Mr. Cornelius Vanderbilt; ese día embargó las propiedades de la Compañía del Tránsito para cederle la concesión a sus amigos los juristas Randolph y Crittenden.

El 20 de marzo la vanguardia del ejército costarricense asaltaba los corrales de Santa Rosa. Era el ejército defensor de Costa Rica, era el ejército defensor de Centro América, y, ¿por qué no decirlo? era también el ejército defensor de los intereses de Francia e Inglaterra en el Istmo.

Pero el destino nos llevó más lejos. Nuestros labriegos fueron soldados de la libertad humana y al impedir la extensión de la llaga esclavista, colaboraron por anticipado en la gigantesca empresa redentora que dió a Lincoln inmarcesible nombre.

(1) *Documentos relativos a la Guerra Nacional, etc*, pág. 281.

(2) *Ibíd*, pág. 287.